



## **44 CONGRESO NACIONAL DE PARQUES Y JARDINES PÚBLICOS**

### **PARJAP CÓRDOBA 2017**

**Ponencia:** *La cultura del jardín y el jardín en la cultura.*

*D. Pedro Cáceres Martín.*

*Periodista especializado en ciencia y medio ambiente. Director de Comunicación en Congreso Nacional del Medio Ambiente (CONAMA)*

## 44 CONGRESO NACIONAL DE PARQUES Y JARDINES PÚBLICOS PARJAP CÓRDOBA 2017

### RESUMEN

La jardinería es una de las bellas artes y los jardines una expresión suprema de cultura humana. La jardinería tiene además una dimensión moral, porque representa una forma de relación con la naturaleza muy distinta a la del enfrentamiento que durante milenios ha marcado nuestra civilización y nos ha llevado hasta la actual crisis ambiental.

En pleno siglo XXI, cuando la sociedad es en su mayoría urbana y vive desconectada de lo natural, los jardines son más necesarios que nunca. Necesitamos más jardines y extender la cultura del jardín a nuestro trato con todo el planeta.

### **PONENCIA INAUGURAL / 19 de abril, 20.00 horas, Córdoba**

La cultura del jardín y el jardín en la cultura

**Por Pedro Cáceres**

Buenas noches, señoras y señores, ciudadanos de Córdoba, autoridades, miembros de la Asociación Española de Parques y Jardines Públicos, asistentes a este 44 Congreso Nacional.

Es un honor inaugurar estas jornadas, que tratan sobre espacios que me han regalado algunos de los mejores momentos de solaz y belleza en mi vida. Es también una responsabilidad dirigirme a una audiencia como la que aquí se reúne, porque son ustedes los profesionales de un arte maravilloso que admiro.

Mi oficio es escribir. Pero si tuviera que definirme me gustaría hacerlo antes como un apasionado de las plantas y de los parques. Mi madre, que no tenía jardín pero sí balcones llenos de flores, me enseñó a apreciar el milagro que es ver crecer una planta en una maceta. Soy periodista, pero ha sido en las plantas donde he encontrado siempre mi tiempo para pensar y actuar.

Durante años, ha sido mirando mis plantas cuando he encontrado el único momento de silencio que el periodismo me daba en 24 horas al día. Ha sido regando como muchas veces obtuve la palabra que durante el día no pude

encontrar. Y ha sido sembrando una bellota, o viendo crecer un boj, un lentísimo boj, como aprendí lo que era esperar y lo que alegra ver una nueva hoja verde al comienzo de la primavera.

He sido toda mi vida un periodista profesional y un jardinero aficionado, y se me invita a dirigirme a las personas que más admiro, esos que hacen los jardines y parques públicos que disfruto y paseo. ¿Qué podría decirles a ustedes?

Puesto que mi trabajo tiene que ver con las letras, deseo hablarles de la relación entre la cultura y el jardín.

### El jardín es arte y moral, ética y estética

Les diré que tengo una tesis. No me atrevo a afirmar que sea irrefutable; posiblemente, sea sólo una intuición. Es la que expondré en los próximos minutos con la esperanza de que ustedes, expertos en la materia, me ayuden a clarificar si ando en lo cierto.

La primera idea de esta tesis es que la jardinería una de las bellas artes, quizá la más compleja de todas. Y es, por tanto, una expresión suprema de cultura humana.

La segunda parte de esta tesis es que la jardinería no solo es un arte elevado, sino que su práctica supone también un posicionamiento moral. La jardinería no es solo estética, sino que también responde a una ética. Opino que la jardinería además de arte es también una forma de relacionarse con el mundo distinta a la del devenir general del ser humano.

La jardinería es extraña porque representa una forma de relación con la naturaleza muy distinta a la del enfrentamiento que durante milenios ha marcado a las sociedades. Desde el Neolítico hemos luchado para dominar la Tierra, cultivar alimentos, extraer recursos, defendernos de las fieras, domar el bosque. Y esta actitud voraz y agresiva, impuesta por la necesidad, nos ha llevado hasta la actual crisis ambiental, cuando la biodiversidad y el clima y toda la trama que sustenta nuestra propia civilización están en jaque.

La jardinería, por el contrario, se ha aliado siempre con la naturaleza, ha caminado en sentido contrario al que la civilización seguía, ha salvado espacios de la explotación y ha pedido al suelo, al agua y a las plantas que trabajaran con nosotros para crear espacios de belleza e inspiración.

Ahora, en pleno siglo XXI, cuando la sociedad es en su mayoría urbana y vive desconectada de lo natural, y cuando apenas quedan esos lugares

salvajes que teníamos que dominar, los jardines son más necesarios que nunca. Necesitamos más jardines y necesitamos extender la sensibilidad del jardín a nuestro trato con todo el planeta. Porque nos va la vida en ello, y también la belleza.

### El jardín y la cultura

Intentaré desarrollar estas ideas. Y para ello me gustaría empezar a hablar del jardín como cultura. La propia palabra cultura tiene una relación directa con la tierra a pesar de que lo hayamos olvidado. Proviene de los términos latinos *cultus* y *colere*, que significan cultivar, cuidar del campo o del ganado.

Fue después cuando de forma metafórica empezó a usarse el *cultus* latino como el cultivo del espíritu y el conocimiento humano. Fue Cicerón quien escribió acerca de la "cultura animi", es decir, el cultivo del alma, para hablar del desarrollo de un espíritu filosófico. Un alma vacía o yerma puede enriquecerse mediante el cultivo, de la misma forma que mejora un campo con el manejo dedicado del hombre.

Este término "cultura", que originalmente significaba la cultivación del alma o de la mente, empezó a extenderse después para describir los valores compartidos por una época o un pueblo. Se habla así de la cultura del Renacimiento, de la cultura occidental o de la española.

### El jardín en las distintas culturas

En ese sentido, los jardines han cambiado con cada una de las culturas que los han creado.

En Europa, por ejemplo, el estilo del jardín versallesco, con sus líneas rectas, formas geométricas y su cartesianismo es expresión del fin del Barroco, cuando la ciencia racionalista empieza a despuntar buscando orden y pautas inmanentes y cuando el pensamiento político alumbró formas de poder absoluto que aspiran a controlarlo todo.

El jardín naturalista inglés, surgido un siglo después, con sus prados, bosquetes, arroyos y lagos que remedan un paisaje natural, son la oposición británica al estilo francés y responde a varios motivos entre los que está la influencia del descubrimiento de los jardines chinos, más orgánicos. Pero sin duda, también, el jardín naturalista inglés está adelantando la Europa del Romanticismo, cuando se reivindica a la vez lo exótico, lo vernáculo y lo primitivo y empieza a percibirse lo salvaje como fuente de inspiración.

Dejando Europa, encontraremos formas distintas de jardines en épocas y lugares diversos. Algunos de ellos olvidados. La destrucción del México azteca, por ejemplo, nos impide saber ahora cómo eran sus jardines, pero los cronistas de Indias quedaron maravillados por la variedad y hermosura de las plantas que adornaban Tenochtitlan, la capital azteca, y nos han dejado testimonio de ello. Así es como lo describe Bernal Díaz del Castillo, el soldado de Cortés a quien debemos la impagable *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, un monumental reportaje en primera persona sobre la conquista de México.

"Fuimos a la huerta y jardín, que fue cosa muy admirable verlo y pasearlo, que no me hartaba de mirar la diversidad de árboles y los olores que cada uno tenía, y andenes llenos de rosas y flores, y muchos frutales y rosales de la tierra, y un estanque de agua dulce. Otra cosa de ver: que podían entrar en el vergel grandes canoas desde la laguna por una abertura que tenían hecha, sin saltar en tierra".

Volviendo al viejo Continente, en el mundo islámico, el jardín tiene entidad propia como objeto estético y también simbólico.

En relación con él, aquí mismo, en Córdoba, se encuentran grandes ejemplos de ese patio andaluz que es heredero de una milenaria tradición, que engarza por medio de Al Andalus con algo de Roma y de Grecia, de Persia y con la sensibilidad de las civilizaciones del Mediterráneo antiguo. Es el jardín secreto, el jardín interior, el oasis que alumbró el centro de una casa que vive hacia dentro.

En el otro extremo del mundo, Asia ha creado distintos tipos de jardines. Todos ellos tienen un alto contenido simbólico y responden a estructuras formales estereotipadas. Y, sin embargo, transmiten una gran sensación de naturalidad. Y lo es porque la esencia del jardín chino y japonés es mirar e imitar la naturaleza, componer pequeños cosmos idealizados. Es similar a lo que ocurre en el *haiku*, una disciplina de poesía cuasi mística que tiene la observación de los fenómenos naturales como inspiración. Vemos esa excelencia en la contemplación de la naturaleza en todas las manifestaciones del jardín oriental, desde el ascetismo del jardín de arena y rocas, a las piezas maestras del bonsai o a las maravillosas composiciones boscosas, que juegan con los elementos externos e introducen la montaña lejana en el propio diseño del jardín.

Muchos de esos jardines sugieren una extraordinaria sensación de naturalidad y sin embargo responden a un diseño y un manejo milimétrico. En Japón, un ejército de jardineros puede dedicarse a disponer las hojas secas sobre la hierba, con una cuidada dedicación para conseguir la impresión de

que han caído allí en esa disposición armoniosa de forma natural. No puede haber en mi opinión mayor deseo artístico que el de esa tarea, la de representar lo salvaje y hacerlo de forma totalmente planificada.

### El jardín como obra de arte

Es evidente que los jardines son una manifestación cultural y una muestra de cada una de las culturas que los alumbran. Y, son una expresión suprema de lo que yo consideraría un arte.

Precisamente, este congreso lleva por título: *El arte de los jardines, los jardines del arte*. Es necesario, por tanto, que veamos qué relación tiene la jardinería con las artes. Como ya he adelantado, definiendo que está entre las más nobles de ellas, aunque no se la haya considerado así a lo largo de la historia.

### Clasificación de las artes

Durante siglos, hemos seguido la estela de la Grecia Clásica, donde se hizo una de las primeras clasificaciones de los géneros artísticos. El grupo más escogido, el de las artes más elevadas porque estimulaban los sentidos superiores de la VISTA y el OÍDO eran seis: la arquitectura, la escultura, la pintura, la música, la poesía y la danza. Por música y poesía se entendía también al teatro, lo que llevó siglos después a que el cine reclamara su posición como séptimo arte.

Los sabios griegos también nombraron un segundo grupo de artes menores, las que impresionan a los sentidos menores del gusto, el olfato y el tacto, y entre las que se incluirían la gastronomía y la perfumería.

Permítanme que haga una broma sobre esta cuestión aplicada a nuestros días. Si uno mira la televisión en España, comprobará que abundan los programas master chef y los anuncios de colonia, y hay 100 de ellos por cada espacio dedicado a la poesía, la danza, la pintura o la escultura. Triunfan la gastronomía y la perfumería hasta tal punto que si un ateniense despertara hoy se encontraría para su estupor con una sociedad entregada a las artes menores.

Pero regresando a la materia de mi disertación, tomemos el tema de los jardines. ¿Dónde están los jardines en ese listado de artes? O mejor dicho, ¿por qué no están? Sin duda, muchos de los que nos encontramos aquí consideramos la jardinería como un arte, pero no siempre y en todo lugar se la menciona así.

Tendríamos que ver qué es lo que se entiende por arte.

Según el Diccionario de la Real Academia, es *"Una manifestación de la actividad humana mediante la cual se interpreta lo real o se plasma lo imaginado con recursos plásticos, lingüísticos o sonoros"*.

### Los materiales del jardinero

Estarán conmigo en que la jardinería cumple estos requisitos. El jardinero recrea, es decir, vuelve a crear, la realidad, y proyecta sus ideas, y lo hace con sentido estético. Como dice la definición, crea formas bellas valiéndose de la materia.

Pensemos por ejemplo en el escultor que se enfrenta a la piedra. Se dice que ve el bloque de mármol de un modo especial. Al parecer, la forma buscada está ya dentro de la piedra. Y el artista sólo retira la parte del material sobrante para que aflore la escultura deseada.

Podríamos imaginar entonces que el jardinero hace lo mismo pero al revés. Éste toma un terreno que ya existe y pone sobre él todo lo que falta para ser más bello todavía. Viste la materia en lugar de desvestirla. Pule, completa y rellena la tierra.

Las grandes esculturas que nos impresionan son fruto del trabajo de un hombre contra un pórvido inerte. Sin embargo, el material con el que trabaja el jardinero es la vida misma. Es un arte delicado y difícil el del jardinero, porque su objeto es múltiple, complejo, variado. El jardinero trabaja con el suelo y las plantas, con el sol y el agua, el viento y la lluvia, los microorganismos del suelo, con la topografía

¿Y que decir sobre la luz o sobre la forma de mirar?

La escultura y la pintura dan obras conclusas que deben exponerse convenientemente, iluminarse correctamente para ser apreciadas de la forma adecuada.

Se dice por ejemplo que algunas expresiones del arte japonés, como los objetos lacados o las máscaras y vestidos del teatro kabuki, nos resultan hoy exageradas debido a la iluminación moderna con las que las miramos. Como explica Junichiro Tanizaki en *Elogio de la sombra*, ese arte centenario estaba concebido para ser contemplado a la difusa luz de las velas, cuyos cálidos y tenues pabilos multiplicaban los matices y sombras y sugerían texturas. Expuestas al luminoso foco eléctrico, esas obras pierden la gracia; y sus colores, elevados de tono para ser vistos ante una vela, resultan estridentes.

## El jardín como performance

Una obra de arte puede estropearse, como vemos, por una mala luz. ¿Qué decir entonces de los jardines, obras maestras expuestas a cada hora a una nueva iluminación, una nueva mirada, una nueva perspectiva? ¿No es acaso portentoso que puedan someterse a tal escrutinio y superarlo con éxito?

La jardinería es el arte de la mirada... y también el gran arte del tiempo. Sin duda, el jardinero, el paisajista, diseña su obra, maneja la materia para acomodarla a su visión. Y proyecta su visión hacia el futuro. Pero ¿Cuándo puede decir realmente que está acabada? ¿Termina alguna vez la proteica evolución de un jardín? El tiempo es el motor de esta forma de arte.

Con el impulso del tiempo, la obra seguirá cambiando y ofreciendo nuevas perspectivas. Porque la jardinería labora con el tiempo, el del largo plazo y también el del día al día, el del año y las estaciones. Un jardín no tiene una sola cara, sino miles, las de cada momento de la jornada y cada luz de la mañana o la tarde, o las que generan el viento del otoño, el frío del invierno y el calor del verano. El jardín tiene mil manifestaciones y expresiones. Es una obra en curso que necesita del tiempo para completarse y que incluso puede transmitirse de un maestro a otro para que continúe desarrollándose.

Como vemos, el jardín es una *performance*, es la *performance* más arriesgada de todas, porque está pensada para ser interpretada las 24 horas del día, todos los días del año y por los siglos de los siglos. Y, a pesar de ello, ¡no se repetirá nunca!

El jardín, como una de las bellas artes, recrea la realidad para generar un placer estético. Y este noble arte de la *performance* continua trabaja con materiales de lo más delicado. Porque el jardín es espacio y tiempo, ¿Y que son el espacio y el tiempo sino los materiales más grandiosos, más misteriosos y filosóficos a los que se enfrenta el hombre? ¿No son tiempo y espacio los vectores básicos del universo? Si, como se dice, el Cosmos tiende a la entropía, a la dispersión de la materia y la energía, la jardinería es el más curioso intento de contener ese caos, de aunar tiempo y espacio en un reducto de belleza permanente.

Vemos pues que la jardinería es un arte... pero para más mérito del jardinero no puede preverse todo por anticipado. Hay que jugar y confiar con los elementos. Plantas, suelo, meteorología... todos ellos deben cooperar para que la obra avance por el camino adecuado.

## Dimensión moral de la jardinería



Es en ese sentido cuando surge otra dimensión de la jardinería que va más allá de lo estético. Es lo que llamaría la dimensión moral de la jardinería.

Como decía, el arte de la jardinería implica una forma de relación con la naturaleza que requiere cercanía y comprensión. El jardín no puede desarrollarse si no se entienden el terreno, las plantas y el clima del lugar. Si no se demanda de ellos colaboración. Es más, el jardín no funciona si no se conoce la naturaleza, si no se la respeta y no se trabaja con ella para que dé lo mejor de sí misma poniéndose a su favor y no en su contra. Los paisajes ajardinados son fruto de una maravillosa colaboración entre el diseñador y la propia naturaleza.

Esta forma de cariño hacia el terreno es totalmente inusual en la historia humana. Resulta muy difícil encontrar campos similares en los que hayamos mostrado esta forma de cercanía, comprensión y colaboración con la naturaleza. Lo que podríamos llamar la moral del jardinero o la ética del jardinero, que implica amor por la belleza y por la naturaleza, no han sido habituales en el transcurso de la civilización.

Por el contrario, la historia del hombre es la de una continua oposición al medio natural. Sin duda, esto tiene sus explicaciones. Desde nuestros orígenes, la naturaleza era un lugar que planteaba peligros y era también el espacio del que debíamos obtener los recursos para vivir.

### Lucha contra la naturaleza

Esa oposición, esa constante lucha por dominar, controlar, frenar, domesticar la naturaleza está en la esencia civilizatoria y puede rastrearse a lo largo de la cultura desde el comienzo de los tiempos. Si buceamos en las leyendas de la creación encontraremos paraísos perdidos o destruidos, y no hay que pensar más que en el mito de la expulsión del Edén para darse cuenta de ello.

Como ejemplo notorio, tenemos el poema de Gilgamés, el más antiguo relato escrito de la Humanidad, datado en Mesopotamia hace 5.000 años, y que narra ni más ni menos que la profanación de un bosque sagrado a manos del héroe humano que se enfrenta a los dioses.

Esto es lo que cuenta el relato de Gilgamés:

Cubiertos con sus armaduras cabalgaron la tierra como si llevaran vestiduras livianas. Llegaron hasta el inmenso cedro y, entonces, las manos de Gilgamesh blandiendo el hacha ¡al cedro derribaron! Desde lejos Jumbaba, el

espíritu cuidador del bosque, lo oyó y gritó enfurecido: "¿Quién es éste que ha violado mi bosque y cortado mi cedro? Tomando el hacha y desenvainando la espada Gilgamesh hirió a Jumbaba en el cuello, mientras Enkidu hacía otro tanto, hasta que a la tercera vez Jumbaba cayó y quedó muerto. Entonces le separaron la cabeza del cuello y, en ese momento, se desató el caos porque el que yacía era el Guardián del Bosque de los Cedros. Enkidu taló los árboles del bosque y arrancó las raíces hasta las márgenes del Eufrates".

Esa lucha contra la naturaleza salvaje que aparece descrita en nuestros mitos fundacionales se ha extendido y desarrollado durante milenios, hasta llegar al momento actual, cuando el efecto causado por el hombre sobre el medio ambiente adquiere tintes dramáticos. No quedan ya apenas restos de esa naturaleza. Jumbaba, el guardián del bosque, yace vencido desde hace tiempo y Gilgamesh ha extendido su dominio mucho más allá del Eufrates.

Dicho de otro modo, hemos perdido el respeto por la naturaleza y la hemos desprovisto del papel sagrado que alguna vez tuvo. Como escribe Robert Graves en *La diosa blanca*: "El hombre ha trastornado la casa con sus caprichosos experimentos y se ha arruinado a sí mismo y a su familia. La actual es una civilización en la que son deshonrados los principales emblemas. En la que la serpiente, el león y el águila corresponden a la carpa del circo; el buey, el salmón y el jabalí a la fábrica de conservas; el caballo de carreras y el lebrél a las pistas de apuestas; y el bosquecillo sagrado al aserradero".

### Crisis ambiental

No pretendo abrumarles con los detalles de la crisis ambiental que estamos viviendo. El discurso de la defensa de la naturaleza ha incidido demasiadas veces en el catastrofismo, ha provocado parálisis, ecofatiga y, como el cuento de Pedro y el Lobo, ha adormecido espíritus. Pero permítanme siquiera que haga un somero repaso del punto en el que nos encontramos.

La actual crisis ambiental es incuestionable. La pérdida de biodiversidad y el cambio global son retos gigantes a los que nos enfrentamos en el siglo XXI. Nos encontramos inmersos en lo que los expertos definen como la Sexta Gran Extinción, una crisis biológica solo equiparable a las cinco anteriores que se han vivido en los 4.500 millones de años de vida que tiene el planeta.

La última de ellas, la de la transición del Cretácico al Terciario, hace 65 millones de años, terminó con los dinosaurios y con el 75% de los géneros biológicos de entonces.

El actual ritmo de extinción de especies se asemeja al de esos periodos y es 100 veces más alto que la tasa regular de extinción. El hombre está generando un cambio global animado por varios motores de destrucción. Estos han sido enumerados con el acrónimo HIPPO, que equivale a las siglas en inglés de la pérdida de hábitats, la introducción de especies invasoras, la contaminación, el crecimiento de población y la sobreexplotación de recursos, que son considerados los cinco factores más dañinos en el momento actual para la naturaleza.

De hecho, hay quienes defienden que hemos entrado en una nueva era geológica, la del Antropoceno. Se basan en el hecho de que el impacto del hombre sobre la superficie terrestre es tan grande que en el futuro será posible encontrar en los estratos sedimentarios del suelo una fina capa correspondiente a nuestros días en la que habrán quedado patentes señales claras de nuestra actividad. Esta incluiría no sólo fósiles, sino también depósitos de materiales y de productos químicos o radiactivos de nueva creación.

La lucha del hombre contra la Tierra es tan antigua como la propia humanidad. Y si no hemos sabido verla es porque quizá tampoco hemos sabido leerla. Son muchos los que citan a Platón hablando de infinitud de cuestiones, pero pocos recuerdan estas frases que describen la destrucción del territorio agrario de Grecia, que era su fuente de riqueza.

Hablando sobre la región del Ática, Platón afirma en *Critias*: «Lo que ahora permanece, comparado con lo que hubo, es como el esqueleto de un hombre enfermo [...] hay montañas que ahora no tienen más que comida para las abejas, pero que tenían árboles hace no mucho [...] y estaban enriquecidas por las lluvias de Zeus, que ahora caen sobre la tierra desnuda para perderse en el mar, cuando antes el suelo era profundo y la retenía...».

Hay relatos que no son agradables, y este es para mí el más terrible de ellos, comprobar cómo, en nuestro paso por el planeta, hemos empobrecido hasta límites insospechados la riqueza de la vida.

En el siglo XIX, la humanidad tenía 1.000 millones de personas. Ahora somos 7.000 y en 2050 llegaremos a 9.000. Lo que nos jugamos es saber en qué mundo vamos a vivir. Uno en el que aún quede un vestigio de naturaleza virgen, esa misma de la que fuimos parte y que es nuestra esencia espiritual, o un mundo empobrecido, modelado a nuestra imagen, vacío y muerto como una estación espacial y en el que los futuros humanos sueñen con ovejas eléctricas.

### El prejuicio antropocéntrico

Por eso deseo regresar ahora al asunto del arte de la jardinería como un posicionamiento moral en favor de la naturaleza. Lo que ha distinguido al jardinero es que, durante siglos, ha trabajado de forma distinta a la de la sociedad que lo rodeaba. Mientras otros cortaban, el jardinero plantaba; mientras otros afeaban, el jardinero embellecía; mientras otros luchaban, el jardinero cooperaba con la naturaleza.

La jardinería, como decía al principio de esta charla, implica una forma de relación con la naturaleza distinta.

Nuestra cultura, peca de lo que ha sido definido como prejuicio antropocéntrico. Considerar al hombre como medida de todas las cosas ha servido también para tenerlo como dueño y señor de todo. La cultura occidental y la tradición judeocristiana se han movido por la consigna que Dios da a Adán y Eva. «Creó DIOS al ser humano y les dijo Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla; mandad en los peces del mar y en las aves de los cielos y en todo animal que serpea sobre la tierra.»

Para el filósofo Jesús Mosterín, este prejuicio antropocéntrico se mantiene a pesar de que, desde el punto de vista científico, el antropocentrismo está muerto y enterrado. No somos el ombligo del mundo. Tras el golpe que supuso la revolución copernicana, que desterró la idea de que la Tierra era el centro del universo, el antropocentrismo halló refugio en la biología, recreándose en subrayar el presunto abismo que separaría a la especie humana del resto de los animales. De ahí la irritación que produjo la revolución darwinista, que convertía a la humanidad en otra especie animal más, resultado de los mismos mecanismos de evolución biológica que han conducido a las demás especies.

"Destronado del ámbito astronómico y del biológico, el antropocentrismo se mantuvo todavía un tiempo en la psicología", dice Mosterín. Pero los progresos de la etología y de la neurofisiología comparada han mostrado más y más estructuras cerebrales y mecanismos psicológicos comunes a los animales. Incluso la sociobiología ha venido a descubrir ciertos rasgos compartidos por todo tipo de sociedades, ya sean humanas o animales, como las de los insectos coloniales, sostiene Mosterín.

Hoy en día sabemos que el hombre ocupa una posición más humilde. Pero a pesar de ello seguimos funcionando en todos los sentidos como si fuéramos los amos de la creación.

Visión hobbesiana del mundo

Impera una visión Hobbesiana del mundo, que considera al hombre un lobo para el hombre, y donde la competición y la lucha son el motor de las relaciones humanas y con la naturaleza.

Pero frente a la ley del más fuerte se ha opuesto siempre otra filosofía mucho más benéfica. Es el mundo de Rousseau, que considera al hombre bueno por naturaleza. Recordemos aquí que Rousseau era un paseante, un amante de la vida silvestre y también un jardinero.

En las últimas líneas de su famosa novela *Cándido*, cuando los personajes regresan sanos y salvos de un sinfín de aventuras y desastres, Rousseau les hace decir, vayámonos a cuidar un jardín. De la pasión de Rousseau por los jardines da cuenta de que su último discípulo filosófico, René Louis de Girardin, marqués de Vauvray, escribió el libro *De la composición de los paisajes* y creó el primer jardín paisajista francés en ERMENONVILLE que Rousseau visitó con gran placer.

Todo esto podrían ser hechos anecdóticos, pero llama la atención que el filósofo que se alzó contra la egoísta visión hobbesiana del mundo fuera también un amante de la naturaleza y de los jardines.

Porque como decía, crear y cuidar jardines implica una forma distinta de mirar la naturaleza. Y, muy posiblemente, también enseñe a caminar de la mano con ella, no a someterla.

La ciencia, además, ha venido después a dar la razón a Rousseau y negársela a Hobbes. El funcionamiento de los ecosistemas no responde a la lucha de unos contra otros ni a la supervivencia del más fuerte como dice el darwinismo mal entendido.

### Un mundo simbiótico

Para muchos científicos, la depredación no es el principal motor de las redes ecológicas. En realidad, las relaciones más importantes en la naturaleza son las de cooperación entre organismos, la simbiosis.

Nuestro propio cuerpo funciona gracias a los microorganismos que habitan en nosotros y contribuyen a funciones vitales como la digestión. Lo mismo ocurre con los árboles, que pueden alimentarse mejor gracias a que en sus raíces crecen hongos simbiotes que les permiten capturar nutrientes. Y también es mutualismo puro el proceso de evolución convergente llevado a cabo por las plantas con flor y los insectos que las polinizan. Las flores son el resultado maravilloso de una coevolución entre plantas e insectos que tiene

100 millones de años de historia.

El mundo botánico ofrece fascinantes ejemplos de cooperación entre especies. Algunas acacias africanas alojan en su tronco a ciertas hormigas que atacan a los herbívoros que intentan ramonearlas. Sorprendentemente, la acacia crea unas estructuras productoras de azúcares que no tienen otra función que atraer y premiar a las hormigas para hacer esa función de guardianas. También es sabido que determinados árboles segregan productos desagradables al paladar cuando son comidos por los herbívoros, y lo más llamativo es que además liberan compuestos orgánicos volátiles que son captados por árboles distantes, que empiezan a segregar el repelente de mamíferos antes siquiera de ser comidos.

Un reciente estudio ha demostrado que los carboneros son capaces de detectar la señal emitida por árboles atacados por orugas: los pájaros acuden más rápidamente a aquellas plantas que liberan los compuestos volátiles, donde tendrán naturalmente mayor oportunidad de encontrar gusanos para comer.

Como vemos, la naturaleza ha demostrado que cooperar es una forma eficiente de afrontar la existencia. Algunos biólogos defienden que la simbiosis es la clave de la vida y realmente tendríamos que entender el mundo no de la negra forma que lo percibió Hobbes, sino desde la mucho más buenista percepción de Rousseau.

Una visión extrema del papel de la simbiosis en nuestro planeta es la que defiende la bióloga evolucionista Lynn Margulis. La científica estadounidense provocó una revolución en los años 60 al afirmar que el surgimiento de las células con núcleo, que fueron el inicio de toda la vida compleja que ahora hay sobre el planeta, se debió a la unión de diversas células simples o procariotas.

Las teorías de Margulis abre una visión de vértigo sobre el concepto de existencia. Porque lo que defiende, además, es que la evolución no se debe sólo al gradual cambio acaecido en las especies tras las mutaciones genéticas, sino que hay un motor distinto al descrito por Darwin que es la fusión entre organismos completos distintos, las bacterias, para formar organismos nuevos.

Según Margulis, nuestras propias células llevan dentro de cada una el testimonio de una simbiosis primitiva. La científica postuló que las mitocondrias que todos tenemos en nuestras células y que llevan a cabo el proceso de respiración celular son en realidad bacterias simples que quedaron integradas en las células complejas de nuestros ancestros.

Estamos contruidos con bacterias asociadas entre sí, defiende la teoría de la simbiogénética. Y asociarse entre sí es lo que hacen el jardinero y su jardín.

### Círculo ampliado de la ética

Desde mi punto de vista, el jardinero vive en un círculo ampliado de la ética, donde las plantas, el terreno y los elementos no son enemigos que vencer ni objetos que exprimir, sino que forman sociedad con el hombre y trabajan en simbiosis.

Fue Darwin, en el siglo XIX, uno de los primeros en formular que el avance del humanitarismo a lo largo de la historia no ha consistido en otra cosa que la ampliación del círculo de la ética. En un primer momento de evolución cultural, el hombre sólo respeta a sus familiares directos o a su clan; después, extiende los lazos de relación y deferencia a la tribu, a su estado-nación o a su país; más tarde, la cuestión se enfoca en el respeto a las "otras razas" y, posteriormente, se aplica a la adquisición de plenos derechos civiles por las mujeres. La defensa de la naturaleza o los animales consiste en llevar a cabo una última ampliación del círculo de la ética para hacerle abarcar al resto de los seres vivos, lo que sería además una muestra de la elevación de la sociedad humana a un estado moral superior.

A mediados del siglo XX, el ecólogo estadounidense Aldo Leopold desarrolló estas ideas en un libro fundamental, *A sand county almanac*, donde formula lo que él define como una ética de la tierra.

Como explica Leopold, las primeras éticas se ocuparon de la relación entre los individuos, como los Mandamientos de Moisés o la regla de oro kantiana, que dice no hagas a los demás lo que no te gustaría que hicieran a ti.

Después, la ética se centró en la relación entre el individuo y la sociedad y en ese sentido la democracia es un pacto ético para integrar organización social e individuo.

Pero aún no existe una ética sobre la relación del hombre con el resto del planeta. Esa ética de la tierra simplemente amplía las fronteras de la comunidad para incluir el suelo, agua, plantas y animales. Sería un contrato natural a escala planetaria.

Considero que ha llegado el momento de reivindicar esa ética de la Tierra, basada en el respeto a la vida en el planeta. Y esa ética de la Tierra no es más que la ética que el jardinero ha desarrollado durante todos estos siglos.

Los jardines son ahora más necesarios que nunca. Lo son porque nos encontramos ante un momento crucial en la historia de la humanidad.

Estamos inmersos en una crisis ambiental sin precedentes y si no actuamos ya veremos erosionadas las bases de nuestro bienestar o nos veremos abocados a vivir en un mundo demediado.

### Pérdida de contacto con la naturaleza

Un grave problema añadido es que no sólo hemos destruido buena parte de la naturaleza, sino que hemos perdido el contacto con ella. El mundo se ha urbanizado hasta límites insospechados. Actualmente, cerca de la mitad de la población mundial vive ya en ciudades. Un porcentaje que en España se eleva hasta el 80%. Y si lo pensamos bien, casi es en realidad el 99% porque incluso en los pequeños pueblos de nuestra geografía, el ambiente no es rural o agrario, sino urbano. La gente piensa, vive y actúa como gente de ciudad.

El problema es que esa población urbana cae en lo que el poeta y ensayista Gary Snyder califica de analfabetismo natural.

"Desde los tiempos paleolíticos, en los que conocer el territorio era una forma de cultura esencial para vivir, ser y formar parte de una comunidad, el ser humano ha ido creando un mundo propio que le ha vaciado por dentro. En ese clima de ideología mecanicista y negadora de la naturaleza, multitudes de personas pierden la oportunidad de tener una experiencia directa de ella", escribe.

Considero que es imperioso educar en la naturaleza a los ciudadanos y es acuciante sobre todo hacerlo con los más jóvenes. Porque por primera vez en la historia estamos criando hijos que apenas tienen contacto con el campo.

El periodista Sergio del Molino ha publicado el año pasado un ensayo muy comentado sobre el despoblamiento rural titulado *La España vacía*. En él describe como ha ido evolucionando nuestra sociedad a partir del gran exilio rural de los años 50 del siglo XX. La primera generación aún llevaba en la cabeza la memoria del agro. Un mundo duro y mísero del que huían, pero que conservaban en el corazón. Los hijos todavía tenían la memoria de un pueblo del que venían. Pero los nietos y los bisnietos, especímenes puros de ciudad, no saben ya de qué les hablan. Ese mundo de sus abuelos ya no existe, y la mitad de aquellos pueblos están al borde de la desaparición.

### Una sociedad totalmente urbana



Por eso es especialmente importante educar a los niños de hoy en el contacto con la naturaleza. Y la más cercana que tienen son los parques y jardines, que debería visitar y conocer más a menudo. Los niños actuales habitan un mundo urbano, disfrutan de entretenimientos tecnológicos y ven el mundo más a través de una pantalla que por los sentidos reales. Y su esparcimiento ocurre cada vez más en espacios cerrados, domicilios, centros comerciales, colegios, centros deportivos, y no en la calle o en el parque.

En España, según una encuesta de 2010, los niños de entre cuatro y 12 años pasan unas 1.000 horas anuales de media frente al televisor, el ordenador o los juegos electrónicos. Es decir, cerca de tres horas al día o un total de 41 días enteros al año.

Carl Honoré, autor *Elogio de la lentitud* (Ed. RBA), bromea con ello: «Hoy en día, un joven puede tener 400 amigos en Facebook, pero ninguno con el que salir a jugar a la calle». Y lo peor de todo, si logra salir fuera, es que estará todo asfaltado. La suma de este arresto domiciliario en el que viven más la artificialidad de los entretenimientos tecnológicos con los que se distraen crean una suerte de alienación.

### Síndrome de falta de naturaleza

En los últimos tiempos ha empezado a hablarse de un mal que afecta a las personas que habitan en la ciudad y que es llamado el síndrome de "falta de naturaleza", como lo definió el estadounidense Richard Louv.

Una investigación llevada a cabo en colegios españoles por el psicólogo ambiental José Antonio Corraliza ha demostrado que los niños que viven y estudian en entornos más naturales son capaces de afrontar mejor las situaciones adversas.

El contacto directo con elementos naturales tiene un efecto «amortiguador del estrés diario». No hay que olvidar que la ciudad es un ecosistema reciente creado por el hombre, que nuestra especie apenas ha tenido tiempo de adaptarse a él, y que todas nuestras señales instintivas de alerta se disparan ante la agresión diaria de los ruidos, los humos, el tráfico o la aglomeración. La ciudad estresa porque nuestro sistema hormonal está diseñado para estresarse ante él.

La idea de que la naturaleza cura no es nueva. Pero hay quienes van más allá y piensan que es precisamente la falta de campo lo que trastorna al ser humano actual y especialmente a los niños. El neurocientífico Jaak Panksepp defiende que el sedentarismo y la falta de ejercicio espontáneo al aire

libre intervienen en los crecientes trastornos de Déficit de Atención e Hiperactividad que se detectan en la infancia.

La pedagoga Heike Freire, autora de *Educación en verde* explica que «cuanto más nos alejamos de nuestra conexión con el resto de seres y elementos del planeta, más dificultades tenemos para relacionarnos con ellos y más nos encerramos en nuestra burbuja». Se puede llegar a una especie de biofobia, una alergia a todo lo natural que sienten algunas personas criadas en grandes ciudades y que ven lo no artificial como algo sucio o amenazador.

Recordemos que la biofilia, tal y como la definió Eric Fromm, es por el contrario la atracción por todo lo viviente, no es un producto lógico, sino que es una pasión, parte de la personalidad. Para Edward O. Wilson, la **biofilia** es nuestro sentido de conexión con la naturaleza y con otras formas de vida, tiene carácter innato y es un producto evolutivo de la selección natural que actúa en especies inteligentes cuya supervivencia depende de la conexión estrecha con el ambiente.

Lo que ocurre es que nuestra sociedad, urbana y tecnificada, no aporta condiciones para desarrollar esa biofilia. Y eso se deja sentir especialmente en los niños que apenas conocen el aire libre y menos la naturaleza silvestre.

Hay diversos trabajos que muestran hasta qué punto estamos alejados de la naturaleza en la sociedad actual. Muchos de ellos se centran en los niños, aunque las conclusiones son válidas también para el mundo adulto.

En Gran Bretaña, la Royal Society for The Protection of Birds junto a la Universidad de Essex ha realizado durante 10 años consecutivos un test para calibrar el grado de conexión con la naturaleza que tienen los jóvenes de entre ocho y doce años en todo el país. La conclusión del estudio, que mide actitudes y comportamientos, es que apenas el 21% de los jóvenes siente un grado de conexión estimable con la naturaleza. El resultado no difiere apenas entre pueblos y ciudades ni entre partes diversas del país.

En la misma línea, un estudio llevado a cabo por Natural England en 2009 concluyó que solo el 10% de los niños jugaba habitualmente en lugares naturales en comparación con el 40% que lo hacía en los años 70.

Precisamente por todo esto es muy importante el movimiento actual para la renaturalización de las ciudades. Los esfuerzos de muchas de ellas para desarrollar infraestructuras verdes, mejorar la conectividad entre espacios y potenciar la biodiversidad urbana alumbran el camino por el que deberíamos caminar.

En cierto sentido, se percibe una demanda social por vivir en espacios más verdes y naturales, y por reconectar con la naturaleza. El auge del huerto urbano y la creciente afición por la horticultura son una muestra de ello y no creo que responda a una moda sino a una genuina necesidad de tomar contacto con la tierra y con los ciclos vitales del año.

En ese sentido, me gustaría señalar una idea fundamental para mí y que sirve para reivindicar la importancia del jardín. Y es, como dice Gary Snyder, que la naturaleza no es un sitio que se visita, la naturaleza no es un sitio al que se va.

Con ello quiero decir que seguimos incurriendo en el error de considerar la naturaleza como algo ajeno. Levantamos aún una división entre lo humano y lo natural. O dicho de otro modo, nos adaptamos a vivir de lunes a viernes en ciudades encementadas, encerrados en el trabajo y el domicilio y esperamos al fin de semana para escaparnos a la sierra, al monte, a la naturaleza.

El catedrático de Zoología Francisco Bernis, fundador de la Sociedad Española de Ornitología, ya lo escribía así en 1952:

"El hombre de hoy vive amenazado de psicosis urbana, y, agobiado por el trabajo mecánico oficinesco, necesita buscar desahogos campestres que reconforten su salud y restituyan la paz y armonía de su espíritu. Y, entonces, al acudir en busca del remedio que brinda la Naturaleza, es cuando la educación y altura espiritual de cada hombre se ponen en evidencia. Destruir o desvirtuar esos parajes es como suprimir un atributo del país. Algo como prohibir al individuo humano las creaciones poéticas".

Imaginen ustedes cómo nos encontramos entonces 70 años después. La cuestión es que, ahora, somos conscientes de que no basta con escapar al campo de vez en cuando para reconectar con la naturaleza, sino que es necesario tener la naturaleza a nuestro lado siempre, para mantener un equilibrio espiritual y vivir con salud física.

### Renaturalizar las ciudades

En pleno siglo XXI la sociedad es eminentemente urbana, esa es una realidad. Es en las ciudades, además, donde se está jugando la gran batalla de la sostenibilidad, porque son las grandes demandantes de recursos y las generadoras de impactos.

Además de ello, son los lugares donde una amplia mayoría de personas pasan su día a día. Y por ello hay que introducir la naturaleza en ellas. Como

decía, los jardines y los parques son más necesarios que nunca. Debemos apostar por ellos como una prestación básica de los municipios. Un servicio público que atiende a numerosas demandas: ocio, recreo, placer estético, salud mental y física y ... especialmente educación, formación en la apreciación por lo vivo y por la realidad del mundo. Lugares para la estimulación de la biofilia y la reconexión con el mundo natural.

Y por jardines no me refiero solo a los grandes parques públicos, sino a todos los rincones urbanos susceptibles de naturalización. Hay un universo de rotondas, medianas, plazuelas y terrenos de nadie que urge reverdecer. Vivimos rodeados de cemento incluso cuando no es necesario. En nuestras ciudades y pueblos han proliferado las plazas duras y los rincones urbanos concebidos para el feísmo y la vulgaridad. Allá donde pueda ponerse un árbol debería plantarse uno.

Aunque aquí, y llegados hasta este punto, tengo que confesar mi estupor y desesperación. Sin duda es imperioso vivir en entornos naturalizados, sin duda necesitamos jardines, sin duda los jardines son arte y cultura, pero mi pregunta es ¿Tenemos en España una cultura del jardín? Me resulta difícil creerlo cuando veo los espantos diarios que padecemos. Muchos de los árboles de nuestras ciudades son monumentos a la fealdad, al maltrato y las podas infames. El abanico de plantas empleadas es de una pobreza desesperante. Habitamos monocultivos de olmos pumila y prunus de Pisard... y hacemos creer a nuestros vecinos que todo ello es bueno, verdadero y bello.

Sin duda, existen grandes ejemplos de parques y jardines en España y todos los presentes en esta sala son representantes de la excelencia en el arte de la jardinería. Pero por desgracia su labor no llega a todos los lados. En muchos lugares vemos horribles ejemplos de árboles mutilados, muñones que son monumentos a la insensatez y el mal gusto. Esas fealdades no ayudan a estimular la conexión con la naturaleza de nuestros convecinos.

¿Es España un país arboricida? Ojalá que no, ojalá sea solo cuestión de mejorar una educación que todos los presentes en esta sala pueden ayudar a implementar.

Mi demanda es que hagamos jardines, cuidemos más y mejores jardines e introduzcamos la naturaleza en la ciudad. Y, sobre todo, que extendamos la cultura del jardinero, la ética del jardinero a nuestra relación con todo el planeta. Durante milenios, el cuidador de jardines ha representado una opción moral diferente a la del resto, ha sido el cuidador y el socio de la naturaleza.

Creo que estamos en condiciones, a estas alturas de la evolución humana, de poner en marcha una ética de la tierra que trate a todo el planeta como si fuera un jardín. Tenemos conocimiento y recursos técnicos para obtener lo que necesitamos sin derruir las bases de la vida y sin mancillar la belleza de lo vivo.

Creo también que ha llegado el momento de superar la conservación de la naturaleza. Para explicarlo mejor: quiero decir que llevamos décadas abogando por la conservación de la naturaleza, pero los resultados no han sido muy exitosos. La naturaleza está cada vez más acorralada. Por ello, defiendo que hay que dejar de conservar, de estar a la defensiva y hay que pasar al contraataque. Necesitamos sanar, recuperar y restaurar la tierra. Del mismo modo que de un solar yermo puede un jardinero crear un espacio sublime y lleno de vida, podemos todos nosotros recuperar buena parte de lo que hemos perdido. La naturaleza es agradecida, y resiliente, y a poco que se la ayuda devuelve lo que se le da. Abogo por reconquistar la ciudad y llenarla de verde. Y por mejorar los campos y bosques y estimular la recuperación de la vida silvestre.

A todos ustedes, paisajistas y artistas del jardín, no puedo sino decirles que su trabajo es más necesario que nunca, que estamos todos en deuda con ustedes.

SIGAN CUIDANDO NUESTROS JARDINES. Y HAGAN MÁS, POR FAVOR. GRACIAS.